

En este número

Centroamérica se transformó, desde la victoria sandinista de julio de 1979, en una zona de conflicto de interés mundial. La revolución nicaragüense, y luego el avance de las fuerzas revolucionarias salvadoreñas, modificaron la correlación regional de fuerzas en detrimento del imperialismo y de sus aliados locales. Este relativo debilitamiento estratégico condujo a un creciente involucramiento del poder norteamericano, que busca revertir la situación guiado por una visión simplificada y maniquea del enfrentamiento de clases y por una noción militarizada de la política y de las relaciones entre Estados. De tal manera, la política estadounidense pretende lograr una victoria militar decisiva sobre las fuerzas revolucionarias centroamericanas. Y, al tiempo que apunta a ese objetivo sus armas ideológicas, políticas y militares, bloquea, de forma semejante a como lo hace en el Medio Oriente, las posibilidades de arreglo negociado. No se trata de simple obcecación, sino de una clara percepción de sus intereses: por una parte, un arreglo negociado sancionaría la nueva correlación de fuerzas desfavorable para el imperio; por otra, el triunfo de las gestiones de una instancia regional como Contadora sentaría un precedente histórico que cuestiona potencialmente la hegemonía norteamericana a largo plazo. Más aún ante el descrédito de la OEA, la quiebra del CONDECA y la crisis del TIAR resultante de la guerra de las Malvinas. De todo ello se desprende que no nos encontramos frente a un próximo desenlace del enfrentamiento que se verifica en Centroamérica; éste, seguramente, se prolongará durante un tiempo imprevisible. Así lo expresó recientemente el mismo Langhorne Motley, subsecretario para Asuntos Interamericanos: "En las más optimistas circunstancias, estamos a una gran distancia del final de la crisis en Centroamérica".

Quizás la revolución centroamericana, como ya sucedió en el caso del proceso revolucionario vietnamita y del sudeste asiático, transcurrirá en la forma de un conflicto prolongado y de alcance regional. Un tipo de confrontación en el que el imperialismo, lejos de ser una amenaza externa, se convierte en parte de las fuerzas internas en conflicto. Un tipo de revolución cuyo proceso continuo está marcado por fases diferentes y por distintos niveles y formas de enfrentamiento, y en donde el elemento decisivo lo constituyen las masas. Son éstas, en efecto, las protagonistas centrales de las más diversas formas de lucha: desde la manifestación y el combate callejero hasta el enfrentamiento militar, pasando por la huelga general. ¿Asistimos acaso a una confirmación del postulado estratégico del Che Guevara según el cual para derrotar al imperialismo se necesita "crear muchos Vietnam"? En todo caso, a la vista del ejemplo centroamericano, parece que no será posible, para las fuerzas revolucionarias de cualquier país latinoamericano, eludir la confrontación armada con las fuerzas contrarrevolucionarias locales y con el imperialismo.

En Centroamérica se juega una parte del futuro inmediato de América Latina. El destino de los agrupamientos revolucionarios de México, en particular, está ligado al de la revolución centroamericana. El desarrollo de ese conflicto incidirá, de una manera más determinante de lo que generalmente se admite, en el conjunto de nuestras relaciones políticas.

La revolución centroamericana, que se desenvuelve en estos años finales del siglo, posee características específicas que la distinguen y que exigen ser aprehendidas por la teoría. Es

cierto que son distintas las condiciones de cada país, pero la acción imperialista empuja a extender el enfrentamiento a escala regional: en el plano político-diplomático, por lo pronto, ya se produjo un notable alineamiento, bajo la dirección del gobierno de Reagan, de los gobiernos y las fuerzas contrarrevolucionarias, aun cuando dentro de ese bloque se mantienen diferentes contradicciones. La teoría revolucionaria acumulada, si bien es una base necesaria, resulta insuficiente para comprender toda la complejidad contemporánea de la revolución, manifiesta en el proceso centroamericano. Éste, a la vez que refrenda la sustancial previsión marxista sobre el posible curso de la historia, también la enriquece y sobrepasa con nuevos contenidos. Es indispensable, pues, que se le estudie de manera específica y desprejuiciada, libre de apriorismos. Esa es la principal virtud de los trabajos sobre Nicaragua y El Salvador que publicamos en este número de *Cuadernos Políticos*.

En el ensayo de Carlos M. Vilas, “El sujeto de la insurrección popular sandinista”, sustentado en una masa de información de primera mano, se elabora el perfil concreto del “sujeto” real de la insurrección. En contra de esquematismos fáciles y de interpretaciones pretendidamente “ortodoxas”, Vilas demuestra que el protagonista fundamental de la revolución nicaragüense fue un bloque social, un conjunto de clases y grupos populares.

El trabajo de Armando Bartra, centrado en la cuestión de la reforma agraria sandinista, aborda un tema poco explorado y sin embargo de importancia fundamental: la discusión de vías novedosas para orientar el proceso de transición socioeconómica, apegándose a las condiciones de un país predominantemente agrario y dependiente.

Finalmente, el trabajo de Francisco A. Moreno presenta la que quizás constituye la reflexión global más completa producida hasta ahora sobre el proceso revolucionario salvadoreño. De 1979 a 1984, cuando se produjeron las primeras conversaciones entre el FMLN y el gobierno de Duarte, el autor analiza las distintas fases del proceso revolucionario más complejo de cuantos ha vivido hasta ahora América Latina.

—Rubén Jiménez Ricárdez

La creación de un nuevo orden humano es una tarea infinita que sólo puede avanzar a través de contradicciones que por su agudeza pueden exigir nuevas revoluciones, aunque durante un largo periodo histórico sean, en realidad, revoluciones en la revolución. No hay una revolución como un acto total y definitivo y, por ello, no hay fin de la historia.

—Adolfo Sánchez Vázquez
